

RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

V.- EL PODER DE DIOS (DON DE FORTALEZA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

Como estamos reflexionando en estos retiros, en nuestra vida de fe, en general, sabemos mucho sobre Jesús como Hijo de Dios; también el Padre nos resulta bastante familiar, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que creemos en Él, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A muchos nos ocurre lo que a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?” Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo”.

Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera por la que Dios llega hoy a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo por obra del Espíritu Santo. Y el Hijo, tras su muerte, resurrección y ascensión, junto con el Padre envía al Espíritu Santo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús y al Padre. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, y nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior estuvimos profundizando en el “Don de Consejo”, mediante el cual el Espíritu Santo capacita nuestra conciencia para discernir lo que hay que decidir en cada momento concreto y hacer una opción según la lógica de Jesús y de su Evangelio.

Y en este retiro vamos a hablar del Don de “Fortaleza”. Todos tenemos una idea aproximada de lo que es la fortaleza, ya sea física, mental o de ánimo, pero a veces podemos confundir este don con “tener fuerza” o “ser fuerte”, “aguantar”, “soportar”, cuando el “Don de Fortaleza” va mucho más allá.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de Fortaleza”?

JUZGAR:

Del primer libro de los Reyes (19, 2-8)

Elías huyó para salvar su vida. Se adentró por el desierto un día de camino, se sentó bajo una retama y, deseándose la muerte, decía: “¡Basta, Señor! Quítame la vida, que no soy mejor que mis antepasados”. Se tumbó y se quedó dormido, pero un ángel lo tocó y le dijo: “Levántate y come”. Elías miró, y vio a su cabecera una hogaza cocida, todavía caliente, y un vaso de agua. Comió, bebió y se volvió a dormir.

De nuevo, el ángel del Señor lo tocó y le dijo: “Levántate y come, pues te queda todavía un camino muy largo”. Él se levantó, comió y bebió; y con la fuerza de aquel alimento anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb.

Algunos autores consideran el “Don de fortaleza” como una gracia especial para momentos heroicos: el martirio, resistir tentaciones violentas, sobrellevar sufrimientos extraordinarios... Todos nosotros conocemos gente que ha vivido y vive situaciones difíciles, numerosos dolores, o los hemos sufrido nosotros mismos, cuando debemos afrontar experiencias particularmente graves, que revolucionan nuestra vida y la de nuestros seres queridos.

El caso extremo es el de los mártires, que no dudaron en entregar la propia vida, con tal de permanecer fieles al Señor y a su Evangelio. Hoy no faltan cristianos que, en muchas partes del mundo, siguen celebrando y testimoniando su fe, con profunda convicción y serenidad, y resisten incluso cuando saben que ello puede comportar un precio muy alto. Pero que han hecho y hacen todo esto porque está el “Don de Fortaleza” que les ayuda. Es el Espíritu Santo que tienen dentro quien les conduce.

Y, si ellos hacen todo esto, ¿por qué yo no? Nos hará bien pedir al Señor que nos dé el “Don de la Fortaleza” porque, aunque es verdad que en esas crisis todos necesitamos una ayuda especial, el “Don de la Fortaleza” no es sólo para ocasiones extraordinarias, es para todas las ocasiones y a todas las horas. Es el don que da fuerzas para vivir.

Este Don debe constituir la nota de fondo de nuestro ser cristianos, en el ritmo ordinario de nuestra vida cotidiana. Todos los días debemos ser fuertes, necesitamos esa fortaleza para llevar adelante nuestra vida, nuestra fe.

Hace falta fortaleza para vivir, para enfrentarse día a día con la tarea, para muchas personas muy pesada, de llevar su existencia adelante. Hay días cargados de dolor en los que parece imposible seguir andando. Como dijo el profeta Elías: “¡Basta, Señor! Quítame la vida...” Si hasta un gran profeta como Elías pierde el ánimo para vivir, ¿qué no nos pasará a los demás en nuestros propios desiertos y desalientos? También nosotros, como Elías, necesitamos que un ángel nos diga: “Levántate y come, pues te queda todavía un camino muy largo”. La vida es un desierto y para cruzarlo necesitamos la fortaleza que nos viene de Dios.

Como dice el Salmo 18 (17): “Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza”. Es una breve profesión de fe, que resume una actitud: necesito fuerza para vivir, y esa fuerza me viene de Dios, del Dios que me creó y me puso en este mundo, con las dificultades y posibilidades que Él conoce, y que reafirma su presencia y aumenta su poder en mí mediante el Espíritu Santo que me da su fortaleza.

Para la reflexión:

- ¿He vivido la experiencia de Elías, he sentido en ocasiones que no podía más?
- ¿He experimentado que Dios me ha dado fortaleza para seguir adelante?

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios

(12, 7b-10)

Para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un emisario de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces le he pedido al Señor verme libre de él y me ha respondido: “Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad”.

Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas pro Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

San Pablo aún va más lejos en su planteamiento: “Muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. La condición para que el poder de Dios venga y actúe en mí es que yo sepa y admita que mis fuerzas aisladas no me valen. Cuando yo me creo que me las puedo arreglar por mi cuenta, que ya tengo experiencia y formación para hacer frente a dificultades que no tienen nada nuevo para mí, que tengo claros los principios y firmes las convicciones, que ya he capeado temporales mayores en mi vida y puedo fiarme de mí mismo, de mis recursos y de mi habilidad en todo lo que se me ponga por delante... acabo cayendo en la soberbia.

Por eso no nos llega en la práctica el Don del Espíritu; por eso no recibimos su poder ni experimentamos su esperanza, porque estamos llenos de nosotros mismos, pagados de nosotros mismos, y apenas dejamos lugar a la acción de Dios en nuestra vida. Pero pronto experimentaremos hasta dónde llegan esos recursos nuestros, y pronto conoceremos la amargura del fracaso.

No es ni siquiera que nosotros podamos hacer por nuestras propias fuerzas las cosas fáciles y necesitemos a Dios para las difíciles. Es darnos cuenta de que, como dijo Jesús, “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Cada acción nuestra, por mínima que sea, es a la vez toda nuestra y toda de Dios, y sin su fuerza, sin su gracia, sin su presencia, no podemos existir ni, menos aún, obrar en manera alguna. Dios se hace unidad de acción con nosotros y de ahí fluye toda la obra del ser humano, y de Dios con el ser humano.

Lo necesario para experimentar el “Don de la Fortaleza” es no estorbarlo con nuestra soberbia, no poner obstáculos a la acción de Dios en nosotros. Como nos dice san Pablo, desde su propia experiencia personal, el verdadero obstáculo no es nuestra debilidad, sino, al contrario, el no querer reconocerla.

A veces podemos ser tentados de dejarnos llevar por el desaliento, sobre todo ante las fatigas y las pruebas de la vida. En estos casos, no nos desanimemos, invoquemos al Espíritu Santo, para que, con el “Don de la Fortaleza”, dirija nuestro corazón y comunique nueva fuerza y esperanza a nuestra vida y a nuestro seguimiento de Jesús.

Con el “Don de la Fortaleza”, el Espíritu Santo libera nuestro corazón de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de manera auténtica.

Para la reflexión:

- ¿Me enorgullezco demasiado por mis capacidades y logros? ¿Sé reconocer mis debilidades?
- ¿He experimentado que cuando soy débil, entonces soy fuerte, por la fortaleza de Cristo?

ACTUAR:

Uno de los grandes problemas de nuestro tiempo es la falta de compromiso continuado en el tiempo. Se ha pasado de una “militancia” lo que hoy diríamos un 24 x 7. Disponibilidad, compromiso las 24 horas al día x los 7 días de la semana. A un “voluntariado”, hay personas generosas, que se ofrecen voluntarias para alguna acción, pero es sólo por una temporada, por unos años, por una etapa. Después, buscan otra experiencia, también por una temporada. No hay una decisión, un compromiso, permanente.

Nos creemos que ser libre es hacer lo que a uno le dé la gana, no comprometerse, no atarse, pero la libertad es el don de poseerse a sí mismo para entregarse en plenitud de conciencia y generosidad de ánimo a las causas grandes de la vida, a lo que de verdad merece la pena en la vida.

Los grandes valores humanos son de por vida, ya sea en las relaciones personales, ya sea en lo referente a la fe. La vida no puede vivirse a pedazos. Hay que definirse, hay que entregarse, hay que comprometerse.

Y esto nos afecta especialmente como cristianos, porque Dios no hace las cosas a medias. Jesús condenó al labrador que echa mano al arado pero no continúa adelante (cfr. Lc 9, 62) y al que comienza a edificar una torre y no la acaba (cfr. Lc 14, 28-30). Dios comienza y acaba, se compromete con nosotros, nos infunde el deseo y nos da la fuerza del Espíritu para llevarlo a cabo. Ése es el “Don de la Fortaleza”, sabemos lo que hay que hacer, así que ahora hay que hacerlo.

El Espíritu Santo, con sus dones, nos mueve al compromiso: nos da a conocer el camino, nos señala la dirección de avance con la sabiduría y el entendimiento y, como vimos en el anterior retiro, con el “Don de Consejo” nos enseña a realizar las elecciones necesarias para recorrer ese camino.

Pero a menudo experimentamos que esto no es suficiente. Lo que más nos impide reconocer el camino que debemos seguir es sospechar que no vamos a poder recorrerlo, que va a ser muy difícil, que es mejor evitarlo. El miedo nos paraliza, y todos tenemos miedo. Es imposible caminar con buen ánimo mientras nuestros ojos estén velados por el temor.

Necesitamos fortaleza para seguir el camino que nos indica el Espíritu. Con el “Don de la Fortaleza”, nos libra de prejuicios, aprensiones, sospechas y temores, porque el “Don de la Fortaleza” es la sabiduría, el entendimiento y el consejo hechos acción, y que se concretan en el valor, la constancia, la perseverancia...

Por eso mientras recorremos este camino, debemos recordar lo que también dijo san Pablo: “Todo lo puedo en Aquél que me conforta” (Flp 4, 13). Y “confortar” es dar vigor, espíritu y fuerza a alguien. Cuando afrontamos la vida ordinaria, y sobre todo cuando llegan las dificultades, recordemos esto: el Señor nos “conforta”, nos da la fuerza, siempre, no permite que nos falte. El Señor no nos prueba más de lo que nosotros podemos tolerar, Él está siempre con nosotros.

Para la reflexión:

- ¿Soy un cristiano comprometido? ¿Hay algo que me impida comprometerme?
- ¿Soy capaz de afirmar que “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de la Fortaleza”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE FORTALEZA:

"Espíritu Santo, fuente de fortaleza, ven a sostenerme con tu poder. Te pido que me des la valentía que va más allá de lo humano, esa fortaleza que nace de Ti y que permite enfrentar lo imposible.

En los momentos en los que las cargas parecen demasiado pesadas, ayúdame a recordar que en Ti encuentro la fuerza para soportar y seguir adelante.

Dame el valor que tuvieron los mártires para permanecer fieles a Dios en cualquier circunstancia, incluso en los mayores sacrificios.

Que, aunque no me pidas entregar la vida, pueda renunciar a mis propias comodidades y deseos cuando Tú lo requieras.

Espíritu Santo, revísteme de este don, para que cualquier dificultad sea un paso más en mi camino hacia Ti. Que cada desafío sea una oportunidad para mostrar mi amor y fidelidad al Señor. Amén."



RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

V.- EL PODER DE DIOS (DON DE FORTALEZA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de la Fortaleza”?

JUZGAR:

Del primer libro de los Reyes (19, 2-8)

Elías huyó para salvar su vida. Se adentró por el desierto un día de camino, se sentó bajo una retama y, deseándose la muerte, decía: “¡Basta, Señor! Quítame la vida, que no soy mejor que mis antepasados”. Se tumbó y se quedó dormido, pero un ángel lo tocó y le dijo: “Levántate y come”. Elías miró, y vio a su cabecera una hogaza cocida, todavía caliente, y un vaso de agua. Comió, bebió y se volvió a dormir.

De nuevo, el ángel del Señor lo tocó y le dijo: “Levántate y come, pues te queda todavía un camino muy largo”. Él se levantó, comió y bebió; y con la fuerza de aquel alimento anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb.

- ¿He vivido la experiencia de Elías, he sentido en ocasiones que no podía más?
- ¿He experimentado que Dios me ha dado fortaleza para seguir adelante?

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (12, 7b-10)

Para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un emisario de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces le he pedido al Señor verme libre de él y me ha respondido: “Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad”.

Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas pro Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

- ¿Me enorgullezco demasiado por mis capacidades y logros? ¿Sé reconocer mis debilidades?
- ¿He experimentado que cuando soy débil, entonces soy fuerte, por la fortaleza de Cristo?

ACTUAR:

- ¿Soy un cristiano comprometido? ¿Hay algo que me impida comprometerme?
- ¿Soy capaz de afirmar que “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de la Fortaleza”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE FORTALEZA:

"Espíritu Santo, fuente de fortaleza, ven a sostenerme con tu poder. Te pido que me des la valentía que va más allá de lo humano, esa fortaleza que nace de Ti y que permite enfrentar lo imposible.

En los momentos en los que las cargas parecen demasiado pesadas, ayúdame a recordar que en Ti encuentro la fuerza para soportar y seguir adelante.

Dame el valor que tuvieron los mártires para permanecer fieles a Dios en cualquier circunstancia, incluso en los mayores sacrificios. Que, aunque no me pidas entregar la vida, pueda renunciar a mis propias comodidades y deseos cuando Tú lo requieras.

Espíritu Santo, revísteme de este don, para que cualquier dificultad sea un paso más en mi camino hacia Ti. Que cada desafío sea una oportunidad para mostrar mi amor y fidelidad al Señor. Amén."

